



Foto: Carlos Alberto Patiño Villa

e n t r e v i s t a MARCO PALACIOS

COLOMBIA POR DENTRO BAJO UNA MIRADA HISTÓRICA

CARLOS ALBERTO PATIÑO VILLA*

Marco Antonio Palacios Rozo es uno de los intelectuales colombianos más importantes de las últimas décadas, y es considerado por muchos académicos como el historiador más importante del país. Es doctor en Historia, ha sido rector de la Universidad Nacional de Colombia en dos ocasiones, e igualmente director del Instituto Colombiano para el Fomento de la Educación Superior, y asesor presidencial en la década de 1980 en asuntos internacionales. Igualmente ha sido profesor de diversas universidades, entre ellas Oxford University, Universidad de los Andes (Colombia) y El Colegio de México, en donde actualmente es profesor. Ha publicado además diversos libros, siendo una de los más conocidos actualmente *Colombia: país fragmentado, sociedad dividida. Su Historia*, Bogotá: Editorial Norma, 2002, escrito en colaboración con Frank Safford.

Carlos Alberto Patiño Villa

Después del trabajo *Colombia: país fragmentado, sociedad dividida. Su historia*, publicado por Editorial Norma en español, en 2002, que usted elaboró con el historiador Frank Safford, y luego de los diferentes trabajos que ha realizado sobre la historia de Colombia, a doscientos años ya prácticamente de la República y

* Profesor asociado. Universidad Nacional de Colombia.

las independencias, ¿cuáles considera son las grandes líneas que caracterizan a Colombia a comienzos del siglo XXI?

Marco Palacios:

Hay que tener muy en cuenta que existen elementos continuos, que continúan y que continuarán por mucho tiempo. Por ejemplo, que Colombia tiene en términos políticos un clientelismo muy arraigado, que es de origen colonial. Considero que es incomprensible la política colombiana

“Lo que campea al comenzar el siglo XXI en Colombia es el cinismo en distintos grados de manifestación hacia fuera, digamos que los actores son cínicos pero no tienen la sofisticación de esconder el cinismo y camuflarlo de patriotismo, de construcción de nación, de todas esas cosas”.

sin el clientelismo, y creo que la base de ese clientelismo sigue siendo la tremenda desigualdad social en el campo, en los latifundios. El motor o la forma como se manifiesta el clientelismo es que permea todo, incluidos los sectores más modernos de la economía, en la familia, las relaciones de parentesco. Esto viene de la colonia y no se ha superado, por el contrario, veo que hasta cierto punto cuando, por ejemplo, se habla de democracia lo que se ha hecho es tener un clientelismo no de ricos, de pueblo o de hacendados, o

mejor, no sólo eso, sino que también hay un clientelismo más de intermediarios políticos, como el llamado “mercado electoral”, que obviamente no está muy abierto. De manera que pienso que eso sigue, pero también creo que se puede superar, y se ha superado en algunas ciudades; por ejemplo, yo sigo insistiendo en los “tres países” que históricamente han conformado a Colombia, al igual que en las islas de legitimidad constituidas por las ciudades y algunas áreas urbanas. Bogotá en los últimos 10 años ha tratado de construir un modelo por encima del clientelismo, ahí cuenta mucho la opinión pública y otros factores; pero, en fin, esos son cambios que no se habían visto antes.

La otra característica que considero que ya no continúa presente en la historia de Colombia, es que el sistema político en la época de la independencia pasó de un sistema cimentado por el Rey católico a un proceso de tratar de construir una religión cívica alrededor del Estado, una ciudadanía que nunca pudo cuajar por los factores que dije antes de la tremenda desigualdad, y que a veces tiene factores étnicos. En todo caso

creo que sí hubo una fe, la transición se hace con una fe, digamos la fe de Bolívar o de Santander o de Nariño, para hablar de esas generaciones de la independencia; era genuina fe en la nación, fe en el ciudadano, fe en instituciones republicanas. En el caso de Bolívar es muy complejo porque al final de sus días él está como de vuelta a la tradición entre el meollo de la ley o la costumbre, que no se ha superado todavía en Colombia. Y lo que se percibe ahora es la instrumentalización de la fe, yo no veo fe en ningún político, a ningún político le creo, básicamente es gente sin creencias profundas, muy pocos políticos tienen creencias democráticas por ejemplo, tienen conocimientos y afectos por el sistema electoral en la medida en que lo manejan, claro, y por la libertad de expresión; es decir, todo esto se ha vuelto muy instrumental, pero en el fondo, una creencia profunda no la veo y considero que en eso sí se cambia, es parte del nuevo cambio, y ese cambio de los últimos años se llama cinismo. Lo que campea al comenzar el siglo XXI en Colombia es el cinismo en distintos grados de manifestación hacia fuera, digamos que los actores son cínicos pero no tienen la sofisticación de esconder el cinismo y camuflarlo de patriotismo, de construcción de nación, de todas esas cosas.

El mundo internacional ha cambiado muchísimo, y de nuevo lo que ha ocurrido, ya que tú hablas de 200 años, es que hace 200 años ocurrieron las grandes transformaciones del poder internacional, las que generaron unos cambios profundos en la configuración, la forma del Estado; nos inventamos la nación y puede ser que durante un tiempo eso no fuese tan manifiesto como ahora, los cambios de los últimos 15 años en el mundo también nos ponen en el mismo mapa, estamos en una crisis mundial nuevamente, pero claro en condiciones muy distintas. Entonces digamos que no hay una nostalgia para nada, no quiero parecer nostálgico con lo que fue la colonia, ya dije que el clientelismo viene de ahí, y la desigualdad, pero si existe un desencantamiento del Estado nacional, y por el otro lado veo un nacionalismo hirsuto impresionante. Muchas expresiones de un cierto nacionalismo colombiano, las percibo como las que advertí en México cuando lo conocí hace 35 años, es decir, un nacionalismo muy de formas contenidas en expresiones tales como que “las hormigas culonas de Santander son las mejores del mundo”, y cosas de ese estilo “como Diomedes Díaz no hay mejor cantante en el mundo”; es decir, unas expresio-

nes muy parroquiales pero muy exacerbadas. De tal forma que esto sí existe y nos puede despistar pensando que sí se ha creado un nacionalismo profundo, pero que veo.

En síntesis, comparto totalmente lo que dijo el presidente Clinton a los empresarios y a la élite empresarial y económica de este país en un seminario en Cartagena hace unos seis años, recién salido de la presidencia, cuando hablando de la guerra actual y del conflicto les dijo que si querían realmente seguir liderando un país y ganar el conflicto tenían que hacer dos cosas: pagar muchos impuestos y sostener con su hacienda privada la guerra, es decir, contribuir a que el Estado financie esa guerra pero haciendo un sacrificio, y por el otro lado enviando a sus hijos al frente de batalla, porque esta guerra no podía ser ganada sólo con la sangre de otros. Esa es la prueba de lo que estoy diciendo, un desencanto de las cosas, del cinismo.

C.A.P.V.

En Colombia siempre ha habido un problema que usted acaba de mencionar, que es el de la nación, sin embargo muchas personas piensan que a partir de la década de 1960 empieza a formarse una nación, no obstante nunca cuajó la nación y empieza a aparecer un nacionalismo, ¿eso es posible?

M.P.

Bueno, yo no soy tan radical porque creo que curiosamente hay más nación de lo que uno supone, yo sí creo que hay nación. De todas maneras si uno mira la expansión del sistema escolar en los últimos 100 o 120 años considero que el sistema escolar sí ha servido para ir conformando unas nociones centrales de lo que se llama la identidad con la nación; en este sentido los proyectos educativos de Bolívar, de Santander y de otros, hasta ese punto se han realizado. Lo que es más difícil de entender es el Estado nacional porque casi que poseemos más nación que Estado; de repente estas manifestaciones de nación son espontáneas precisamente porque no hay Estado, porque el Estado es débil, entonces como que culturalmente la gente se reafirma en la nación como esa invención cultural a la que todos pertenecemos y ese es el problema: el desfase que hay entre Estado y nación, casi tenemos más nación que Estado contra toda la evidencia empírica de la historia, digamos general, que el Estado construye la nación.

C.A.P.V.

En esa perspectiva se explica por ejemplo que el Estado nunca haya conquistado el territorio, no haya obtenido el monopolio de la violencia, y que el Estado siga fracasando en el asunto de monopolizar asuntos tan cruciales como la fuerza.

M.P.

Así es, si uno lo toma así weberianamente como usted lo pregunta, lo cual con la definición de Max Weber tiene muchos elementos, y que resaltaría el éxito en tener el monopolio legítimo sobre la fuerza, pues el que lo tiene en últimas y el que lo reclama con éxito se merece lo que se llama un cuadro administrativo, es decir, una élite política que maneje el Estado y expropie a otros de esa violencia. En Colombia lo que pasa a veces es que ese cuadro administrativo me parece que coexiste mejor con los bienes privados de violencia y no le interesa mucho el monopolio, entonces la pregunta es también por ese cuadro administrativo, llamémoslo en términos weberianos, y por tanto yo llamaría la atención sobre ese fenómeno en todo caso.

C.A.P.V.

Hay una persistente tradición de violencia privada más que de violencia pública...

M.P.

Sí, evidentemente, pese a que el país ha tenido fases muy pacíficas, creo que en general sí está ligado a un ejercicio de la violencia. En últimas, lo que no tenemos que descuidar es que sí está ligado a lo que llamaríamos violencia pública, si por ella se entiende una violencia políticamente orientada, es decir, violencia hacia cambiar la distribución del poder, siempre ha estado ligada en un país como Colombia por razones de clientelismo, de fragmentación geográfica, del tipo de sociedad que tenemos de lo rural y lo urbano, etcétera. Siempre hay una conexión entre las dos, mucha violencia pública también ha servido para venganzas privadas, y cuando hay violencia pública también se exagera mucho la parte delincencial general, es un campo abonado para eso. Hay una correlación entre las dos aun cuando no siempre es muy directa, pero sí, yo creo que no se puede estudiar, por ejemplo, los homicidios de la segunda mitad del

siglo XX hasta ahora o de los últimos 60 años de este país, sin establecer relaciones entre violencia pública y privada, sus usos, sus consecuencias y su vinculación política. Creo que no se puede estudiar además sin una buena estadística de homicidios, en donde se podría observar muy seguramente que los picos y los períodos de ascenso y de descenso tienen que ver con coyunturas políticas de mayor o menor polarización política.

C.A.P.V.

Este asunto puede estar relacionado con la historia militar en Colombia, si uno tiene en cuenta que desde el golpe de Melo hasta los enfrentamientos con Perú por Leticia, Amazonas, prácticamente nunca existió un ejército que conquistara el territorio.

M.P.

Sí, para los historiadores es un reto formidable tratar de hacer una historia del ejército, en la que la pregunta interesante es cómo se desbanda el ejército de Bolívar, es decir, esos 25.000 hombres en armas a mediados de la década de 1820, cómo se van desbandando a lo largo del siglo XX hasta llegar un poco a reconstituirse a fines del siglo en forma ya un poco de un ejército permanente, en primer lugar con grados, con una organización, lo que se llama generar un ejército permanente jerarquizado y organizado conforme a patrones modernos, ese es un misterio. Y luego cómo ese ejército de todas maneras en el siglo XX tampoco logra conformarse como tal; por ejemplo Patricia Pinzón piensa que fue una policía electoral, de esta forma una cosa es ser policía electoral y otra cosa es ser responsable de controlar un territorio, entonces si la función del Estado, hasta el golpe de Rojas Pinilla, con su ejército fue la de ser el gran policía electoral del país para evitar precisamente las guerras civiles entre liberales y conservadores, si esa hipótesis es correcta, ¿qué ocurre cuando ese ejército tiene que enfrentar otros retos? Además no pienso que el servicio militar obligatorio, que es un tema muy interesante en la formación de los ejércitos modernos, no haya pasado por el tamiz del clientelismo, y dudo si la organización militar colombiana tampoco ha pasado por el tamiz del clientelismo, pero es un reto: hay que estudiar el ejército. No conozco una buena historia moderna escrita en términos modernos del ejército nacional, cómo se forma y qué trayectoria tiene, sin eso cómo entiende usted el

Estado colombiano y la nación colombiana, porque recordemos, Bolívar dijo “El pueblo es el ejército y el pueblo está en el ejército, etc., etc.” y en ese momento era cierto, entonces qué es lo que ocurre, cuál es la relación pueblo-ejército.

C.A.P.V.

Esto que usted plantea es muy interesante, porque los intelectuales y los investigadores de las ciencias sociales en Colombia nunca han mirado el asunto de las fuerzas armadas; es como si este tema no existiera.

M.P.

Muy poco, y tal vez hay que reconocerle a Francisco Leal Buitrago que ha sido pionero en esta área en las ciencias sociales, quizá por su biografía personal, porque él sí pasó por el ejército y fue oficial. Pero, por ejemplo, a mí me sorprende para citar, que Orlando Fals Borda que estuvo en la escuela militar de cadetes para hacer la carrera militar, pasa algunos años allí pero luego sale, y nunca se ha preocupado, ni siquiera en el libro de *La Violencia en Colombia*, por enfocar el tema militar. A mí me parece fascinante saber qué es lo que ocurre en esos casos, qué nos pasa que hemos evadido completamente el tema. Y cuando uno tiene una formación convencional en Colombia, pues se va a encontrar con una serie de clichés antimilitaristas, bien sea en la vertiente liberal o en la conservadora, o incluso en la vertiente comunista, pero son clichés antimilitaristas.

C.A.P.V.

En ese asunto, el problema del ejército es como el otro mito colombiano, el mito de la democracia, la democracia más antigua del mundo pero con serios problemas de gobernabilidad.

M.P.

No, yo creo que Colombia sí tiene unas reglas de juego, creo que el tema de la democracia colombiana hay que expresarlo en los términos más clásicos de democracia y liberalismo; creo que nosotros sí tenemos un liberalismo o tuvimos un liberalismo muy acentuado, y he escrito algunos ensayos sobre este tema, lo que pasa es que también hay una tradición antiliberal muy fuerte que ya al final del siglo XX se expresa en una especie de coalición que uno ve muy bien entre lo que uno podría llamar

jesuitas amargados y comunistas impotentes digamos, esta cosa antiliberal en últimas, minoritario porque no es de todo el país, estoy hablando en cuanto a élites, pero en general, sí hubo una tradición liberal. Ahora me pregunto filosóficamente si eso tiene unos límites o si simplemente fue una utopía liberal, porque el país sí avanzó mucho por el lado del liberalismo más que muchísimos países de América Latina. Entonces el tema de la democracia ahí no va porque con ese desarrollo tan fuerte del liberalismo nosotros no pudimos desarrollar una democracia robusta, lo cual de nuevo es una pregunta muy importante.

C.A.P.V.

Algunos sostienen el asunto de la democracia, por ejemplo, desde el hecho de que nunca ha habido terceras fuerzas que participen de la distribución del poder, pero: ¿esto ha sido un problema de la democracia o de las terceras fuerzas que no logran la participación real?

M.P.

Hay un punto que planteo abiertamente y que se puede demostrar empíricamente en el libro que hicimos con Safford, donde trato de explicar que no hay terceras fuerzas porque el bipartidismo es otro mito. Es

“Está vivo aquí el verdadero despertar de eso que se llama la ciudadanía, donde usted ya obedece a la ley, pero no obedece al gamonal, no le obedece al partido, no le obedece a la costumbre, en fin, no obedece a ese tipo de cosas”.

decir, hay un gran mito del bipartidismo entendido como antes entendíamos a la Iglesia; la Iglesia es un monolito, el partido liberal es un monolito, el partido conservador es otro monolito, no, cuando uno mira la historia de este país, precisamente son partidos atravesados totalmente por el clientelismo que los hace muy fragmentados, entonces son partidos faccionales. En la historia de Colombia, liberales y conservadores siempre se están divi-

diendo y siempre las alas hacia el centro, las alas moderadas buscan a veces juntarse y curiosamente las alas extremistas también se juntan por motivos tácticos de los partidos. Uno puede analizar mejor la historia política de ese tipo y eso hace que no haya terceras fuerzas porque las terceras fuerzas, en un momento determinado, son una coalición de centro de los dos partidos o una coalición de los extremos de los dos partidos y así pues no hay centro. No se necesitó centro por esto.

C.A.P.V.

En la relación democracia-Estado el problema de la gobernabilidad en Colombia ha estado atravesado por la práctica de la violencia, la violencia de los años 40, las violencias o lo que usted ha llamado en sus trabajos, el período de las violencias que arranca en los años 60 y se confunde y se mezcla con la criminalidad de los años 70 y 80, y obviamente muchos han visto en Colombia una historia permanente de violencia, en cambio el siglo XIX si uno lee con atención muchos de los trabajos, empezando por los de Safford, es bastante tranquilo comparado con el siglo XX.

M.P.

Le voy a dar un matiz bastante distinto acerca de la ruptura parcial de Estado, del colapso parcial del Estado para explicar la violencia de la segunda década del 40 y 50, eso que llaman la violencia clásica. Creo que este país desde la matriz colonial, te repito, clientelista, la mayoría de la población estaba acostumbrada a obedecer como costumbre arraigada, profundamente arraigada, y las élites estaban acostumbradas a mandar. Cuando el país se moderniza paulatinamente a lo largo del siglo XX lo que ocurre es que la gente comienza a desacostumbrarse a obedecer y ahí sí usted necesita aparatos coercitivos, necesita a un Estado más moderno, en fin, necesita muchas cosas. Está vivo aquí el verdadero despertar de eso que se llamaba la ciudadanía, donde usted ya obedece a la ley, pero no obedece al gamonal, no le obedece al partido, no le obedece a la costumbre, en fin, no obedece a ese tipo de cosas. Ese es el problema de Colombia, que cada vez llegamos a una especie de modernización social, y eso Tocqueville lo advirtió desde el comienzo, el mundo moderno es más igualitario, hay unos valores más igualitarios, si esos valores además están consignados en las leyes, en los códigos, en la constitución, en todas partes, comienza a haber un desfase muy fuerte entre estos. Entonces hoy en día lo que tenemos es eso, por supuesto no quiero decir que en todo el territorio de Colombia la gente estuviera acostumbrada a obedecer, hay en los informes de los mismos virreyes de fines del siglo XVIII y de los expresidentes evidencias de que siempre están impotentes ante pedazos de Colombia que ni ellos mismos conocen. Eso también es un elemento, pero el otro elemento, el más fundamental es ese, cuando este país la gente nor-

malmente y tradicionalmente dejó de obedecer porque sí, entonces usted tiene que crear eso que llaman la legitimidad, ese es el problema.

C.A.P.V.

En esta relación qué papel ha jugado la Iglesia, es curioso, por ejemplo, que en Colombia la Iglesia diocesana, a diferencia de lo que ha pasado en México o en Chile o en Argentina, donde la Iglesia más radical, más extrema, ha tenido un protagonismo político, en Colombia la Iglesia diocesana moderada siempre ha estado presente y siempre ha tenido una fuerte relación con las tendencias políticas tanto de los partidos como de la oposición y también ha sido propiciadora de la modernización en los últimos cincuenta años, incluso de la secularización, pero luego la Iglesia sigue manteniéndose en el mismo contexto.

M.P.

Sí, qué bueno que usted utiliza la palabra secularización, porque entiendo la Iglesia colombiana en ese período, es decir, en los últimos cincuenta años, como una fuerza de la secularización pero no de la laicización, porque para la Iglesia sí ha sido muy difícil abrirse a la noción, por ejemplo, de que la educación realmente debe ser laica, pero por el otro lado la Iglesia sí ha favorecido la secularización, en algunos puntos no, como el control natal o algunas cosas de esas, pero en otros sí, la Iglesia, creo que en una secularización política, entendiéndolo el paso de esa obediencia tradicional a la ciudadanía, ha jugado en general un papel positivo.

C.A.P.V.

La Iglesia ha formado muchos líderes de los partidos conservadores, liberales, como de la izquierda, incluso la izquierda más radical proviene casi de la Iglesia, incluyendo líderes armados.

M.P.

Bueno, pues tenemos al padre Camilo Torres.

C.A.P.V.

Aquí hay un elemento muy interesante, y es que en Colombia comenzando el siglo XXI hay como una diferencia, los colombianos están muy acostumbrados a mirarse hacia dentro, como se dice normalmente a mirarse el ombligo, mirarse los problemas, pero internacionalmente existe una perspectiva distinta sobre

Colombia, ejemplo algunos políticos en Centroamérica ven a Colombia como un país imperialista, otros en algunas partes de Latinoamérica ven a Colombia como un jugador clave del mundo internacional, en Colombia en la política, en la discusión diaria nunca se ve el mundo internacional; cómo se puede analizar esto.

M.P.

De nuevo yo no sería tan excesivo porque de hecho si es cierto lo que a veces dicen en cifras no consolidadas, de que alrededor de cinco millones de colombianos vivan en el exterior, imagínese usted el impacto de esos cinco millones afuera. Y creo que nosotros en la última mitad del siglo nos internacionalizamos de distintas maneras, por ejemplo en la Guerra Fría, y hay que recordar que sí se nos internacionalizó, pues aquí asesinan a Gaitán cuando está reunida la Conferencia Panamericana. Ese, por ejemplo, es un dato que no hay que olvidar; este fue el único país que envió tropas a Corea, la Guerra de Corea, esto es un factor internacional de todas maneras; la Revolución Cubana nos internacionalizó como a toda América Latina, pero aquí más por la persistencia de las guerrillas. Sí creo que hay más internacionalismo, lo que pasaba era que antes era de las élites y las élites eran las que conocían el mundo y ahora más y más gente tiene parientes, recibe remesas, ha viajado al exterior. Entonces considero que hay una conciencia más internacional, lo que no tenemos es buena diplomacia internacional que es otra cosa distinta, porque nunca el Estado colombiano ha tomado en serio el tema de las relaciones internacionales pese, por ejemplo, a que en términos estratégicos no hemos resuelto el tema de las fronteras finales de Venezuela.

“...la diferencia fundamental entre Chávez y Uribe, [...] es la posición frente a los Estados Unidos, Uribe es el gran aliado [...] y Chávez es el adversario...”

C.A.P.V.

Finalmente tenemos que llegar al tema de Venezuela, como usted ya lo plantea en un artículo que lo denominó “Para un contrapunteo venezolano”, publicado por la revista de Estudios Políticos del IEPRI; la relación con Venezuela es una relación permanente que nunca se podrá eliminar, son más los puntos en común que los puntos de separación, incluso en el período Chávez-Uribe hay más elementos en común que de separación.

M.P.

Sí, claro, porque tienen estilos muy parecidos de gobernar, ellos dos tienen temperamentos duros para gobernar y visiones relativamente sencillas del mundo; ellos simplifican el mundo, claro la diferencia fundamental entre Chávez y Uribe, ambos elegidos por voto popular, bueno Chávez reelegido y Uribe queriendo que lo reelijan, a mi juicio, es la posición frente a los Estados Unidos, Uribe es el gran aliado en este hemisferio o en América Latina y el Caribe de los Estados Unidos, y Chávez es el adversario, el contestatario número uno de los Estados Unidos, esa es una diferencia muy importante.

C.A.P.V.

Además hay una especie de relación entre Cristo y Bolívar entre los dos mandatarios, como fundamento ideológico, como soporte simbólico.

M.P.

Evidentemente, claro que sí, por ejemplo a mí me llamó la atención, aunque me parece normal, que el gobierno de Chávez esté planteando en el 2021 los 200 años de la batalla de Carabobo y aquí sea la Batalla de Boyacá, es que es muy interesante, y no el grito aquí de los cachacos lanudos de Bogotá del 20 de julio de 1810, a mí me ha sorprendido porque veo implícitamente un giro ideológico a no ser que ignoren tan profundamente la historia allá en el Palacio Presidencial (pues la de Colombia), es curioso entonces que son batallas bolivarianas, son dos batallas grandes bolivarianas las que nos ponen a celebrar estos personajes.

C.A.P.V.

En este sentido, usted cree que los acuerdos con Venezuela en los últimos años son más reales o son más de coyunturas políticas internas de cada país.

M.P.

No, en el fondo, repito, hay el problema de que no están resueltos los límites, sobre todo los límites en el golfo de Venezuela o en el golfo de Coquivacoa como decimos aquí; eso no está resuelto y ese es un potencial ahí, y claro, lo han usado políticos o empresarios muchas veces de los dos países para manipularlo y crean unos fenómenos de opinión pública inaceptables en el mundo moderno, ese es un problema real. Otro proble-

ma que de todas maneras se fue solucionando paulatinamente, que ya no es un problema serio, era la inmigración de colombianos a Venezuela, pero una vez dada la crisis venezolana ya no tenemos este problema, y dado que ya han pasado tantos años, Venezuela ha podido asimilarlos a la población del país, entonces ya ese, por ejemplo, dejó de ser un problema. En este momento uno esperaría que las relaciones sean buenas, aunque claro que está el tema de las FARC, la oposición en Venezuela, y en general más que la oposición aquí en Colombia sí tienen la idea de que Chávez y las FARC van de la mano, yo no creo eso, creo que el ambiente de Chávez y la coyuntura de Chávez vista como coyuntura para las FARC sí es atractiva, es obvio que favorece a las FARC y Chávez, pero no creo que haya una conexión tan directa y un apoyo, pues uno no lo puede explicar.

C.A.P.V.

Quiero hacerle una última pregunta, usted se refería al papel de la intelectualidad en Colombia, qué ha pasado con la formación de los intelectuales, a veces da la sensación de que no hay una gran trayectoria intelectual. La trayectoria intelectual ha sido más cercana a una especie de perspectivas de las profesiones de la contrarreforma, las universidades han sido fundadas, incluso las públicas, en el espíritu de la contrarreforma y, digamos, una especie de espíritu intelectual sólo comienza a surgir en los años ochenta.

M.P.

No sé, creo que Colombia sí ha tenido intelectuales y tradición intelectual y un cierto papel de los intelectuales, pero a diferencia de otros países latinoamericanos como México, que sería el caso más notable, en Colombia ese proceso que sí existe independientemente de los resultados de construir Estado Nacional, los intelectuales no han estado verdaderamente en el centro. Malcolm Deas escribió pues *El Poder y la Gramática*, claro en ese momento sí, los gramáticos, que no eran exclusivamente gramáticos, estuvieron ligados a la política porque la política era de las clases educadas, pero luego cuando ya se configura el ministerio de educación o más tarde el ministerio de cultura realmente no queda en manos de los intelectuales, no hay un José Vasconcelos, para decirlo de alguna manera, y no existen los privilegios, nunca los intelectuales en Colombia han tenido esos privilegios que en otros países han tenido por el simple hecho de ser

intelectuales, y me refiero no sólo a privilegios del Estado, sino, por ejemplo, al hecho de que cuando usted abre las páginas culturales de los periódicos más importantes en Colombia, son pocas, son mezquinas, únicamente están los novelistas porque la novela vende mucho, y es claro que entonces exista un interés quizás de las editoriales en hacer propaganda, entonces el novelista hoy en día es el hombre que representa a los intelectuales. Pero esto es más por una cuestión de mercadeo que una genuina apreciación del papel de los intelectuales en la formación de la cultura nacional. De manera que veo que los intelectuales sí existen, hay una cosa crítica de los intelectuales pero muy diluida y muy poco tenida en cuenta, es decir, son casi cada vez más irrelevantes.

C.A.P.V.

Eso influye por ejemplo en las pocas perspectivas que a veces emanan sobre las personas en Colombia, que las discusiones terminan siendo muy monotemáticas.

M.P.

Sí, creo que tenemos una tradición del intelectual monolingüe que ya de por sí termina siendo una contradicción en términos del mundo moderno porque la conversación de hoy en día se da en varios idiomas, ve uno que los temas de discusión colombianos son muy autorreferenciales, entonces ese es fulano o zutano, unas figuras intelectuales que hemos ido armando que cuando uno los mira en el panorama inclusive latinoamericano son prácticamente inexistentes. Nosotros tenemos pocos intelectuales en el siglo XX, por ejemplo, de alguna proyección internacional a diferencia de otros países latinoamericanos que los producen mejor. Entonces hay ahí una ambigüedad muy fuerte pero yo diría que es eso, en la construcción del Estado Nacional al intelectual colombiano no se le dejó o fue muy rápidamente reemplazado por el locutor de programas radiales y de programas deportivos para decirlo de alguna manera.

C.A.P.V.

Mitos como el de Estanislao Zuleta y cosas parecidas.

M.P.

Bueno, eso queda, naturalmente, he visto que hay ahora dos o tres trabajos en relación con él en las librerías. Fue una persona muy interesante sin duda, pero sí, cuando uno mira a Estanislao Zuleta en términos de América Latina y los grandes temas de él, es decir los temas de la crítica literaria, o sea, Thomas Mann o en temas de psicoanálisis y marxismo, pues yo no creo que sea muy conocido ni muy citado ni que sea una autoridad en esos temas que él manejó, pero claro que los manejó digamos con simpatía y con cordura verbal, bien.

Septiembre, 2005